

# Editorial

**E**s éste un proyecto que lleva ya tiempo gestándose y al que le ha llegado el momento de emerger: se trata de la publicación de una revista científica internacional de filosofía política. Su nombre, *Las Torres de Lucca*, evoca un elocuente pasaje del Leviatán hobbesiano en que se discute la cuestión matriz de la libertad civil y la relación seminal entre individuo y Estado. La referencia nos sirve para aludir al rango temático básico y a los propósitos medulares de este nuevo objetivo editorial: pensar, cribar, discutir viejos y nuevos problemas, cuestiones clásicas, modernas y propiamente contemporáneas, desde la inevitable y privilegiada atalaya presente, desde la persuasión de que el siglo XXI abre una nueva época en el ámbito de la política. Se quiere que el debate, la exposición y la crítica nos asistan en la intención de mirar y ver en la alumbradísima oscuridad de la reflexión y la práctica políticas hoy, y que contribuyan no tanto quizás a solucionar lo que causa estupefacción, cuanto a exorcizar ese estupor entre paralizador y desesperante. Ni la política es un inocuo juego de niños ni la filosofía política un entretenimiento de salón: nos va en ello, si no la vida, sí probablemente la libertad, si no lo incurable, sí la dignidad, si no la irreversible desesperanza, sí una vida aceptablemente aceptable.

Así, se pretende ofrecer una exposición depurada de ideas y procederes que contribuya a cimentar una reconstrucción de los hoy jironados fundamentos de la política contemporánea.

El panorama oscuro queda más ennegrecido, si cabe, por la ausencia de figuras populares e influyentes en el ámbito filosófico-político, quizás con la excepción de Jürgen Habermas y de varios pensadores de otros ámbitos, menos conocidos por el público continental, pero que sí intervienen directamente en la elaboración de políticas públicas de facto.

En semejante confusión tal vez no sea mala idea que quienes se han formado académicamente en el campo de la filosofía en general y la filosofía política en particular tengan algo que decir y bastante que hacer.

En este nº 0, que nos sirve para presentar la nueva revista, colaboran exclusivamente autores invitados, con trabajos que ilustran parte de nuestras intenciones. Obviamente, no las agotan, pero sí las apuntan. Nos serviremos de ello para esbozar la política y la filosofía de la publicación (válganos la expresión aquí, precisamente en revista de filosofía política).

Que la política es eminentemente praxis parece cosa tan obvia que no necesitamos volvernos a Aristóteles para certificarla de ese modo. Como publicación enmarcada en el ámbito de la filosofía política, nos concierne más el aspecto teórico que el fáctico: pero sabida la incidencia que aquél tiene en éste nos importa en último término la política efectual. Así, la reflexión política que aquí se quiere, habrá de considerarse en tanto que orientadora de la intervención práctica, de modo que el pensamiento acerca de cómo y por qué ordenar cívicamente la vida individual no se disgregará de la intención de actuar.

El cierto compás que se pretende con el estilo de pensamiento político angloamericano, siempre más pragmático, se corresponde también con el propósito de separar de la política a sus crónicos manantiales fantasmagóricos y olvidar los siglos dorados de los poetas. La política es cosa de este mundo y en este mundo se ha de jugar: con reglas que la naturaleza propone y el humano, agónicamente si se quiere, a partir de ellas dispone.

Al respecto de nuestras intenciones nos parece ejemplar un trabajo reciente de Jonathan Wolff (*Ethics and Public Policy: A Philosophical Inquiry*, de título ya elocuente), pensador de notable relevancia, que además de decir, hace de facto, y así queda expuesto en ese libro. Por razones obvias no publicamos el texto completo, pero sí nos ha parecido significativo arrancar con su introducción, en donde se apuntan algunos hechos, intenciones y posturas teóricas que se nos antojan particularmente interesantes para lo que pretendemos aquí. Ya en ese breve prólogo se presenta un modo de trabajar que resulta envidiable desde nuestra perspectiva continental. Como apuntábamos, sospechamos que los pensadores políticos en algo podrán contribuir a aplacar la confusión de

todos y la torpeza de quienes deciden: pues no hay, en política, decisión anhelada que no pida antes pensar bien su estrategia.

La filosofía, en el mejor de los casos, apenas sobrevive presa en el aula donde se autocarcome. Sin la luz del pensamiento privado y público no parece viable la vieja idea, probablemente irrebasable y acaso deseable, de que la política propiamente dicha no puede, a su vez, rebasar la coimplicación directa entre polis y polítês, civitas y cive: aquélla, sólo fruto de la convención de todos y cada uno de éstos, de su deseo individual convenido y convertido en voluntad general.

No parece halagüeña la perspectiva, cada vez más amenazante, de una pseudociudadanía que ni lee ni piensa ni escribe ni habla y sólo oye y a veces escucha, habitualmente nada más que oquedades de quien no recibirá censura porque su estrado se lo han hecho inexpugnable quienes han convertido la política en poco más que negocio bien remunerado. Al tiempo, se percibe la sensación de que vivimos una época y en un mundo en el que casi todo puede decirse, pero casi nada se dice.

Uno de los fenómenos que más se dejan ver en la política última es precisamente esa disolución progresiva entre representantes y representados. Sistemas de organización humana que se fundan en que éstos facultan a aquéllos, y sólo en virtud de esa licencia unos representan a otros, no pueden resistir mucho tiempo esa disfunción. Parece necesario reconstruir la estructura: pues, o representan quienes representan, o no sirven, en ambas acepciones: servir a quienes los facultan, y servir para lo que los que los facultan han convenido. Las consecuencias de esa secesión, parece claro, pueden acabar resultando fatales: no ya sólo por lo que al necesario control mutuo del poder se refiere (sin el cual, hoy, siglo XXI ya, no hay representación que valga), sino porque atentan contra el exacto fundamento de un sistema pensado para conseguir lo que de ninguna manera se obtendrá, si tal sigue siendo el curso del tono político: que la soberanía la posean, en último término, los ciudadanos que supuestamente han convenido que así sea. La ilustración más manifiesta de ese fenómeno quizás pueda verse en las revueltas populares que han venido dándose últimamente en diversos contextos geográficos y políticos.

Al respecto de estas cuestiones acuciantes, Lutz Wingert reelabora algunas de las ideas que publicó en *Le Monde Diplomatique* hace ahora exactamente un año.

Si crisis es el lugar común de los análisis de actualidad política, su rasgo más notable es el aspecto económico y global que la define. El pensamiento económico-político habrá de ocupar aquí gran papel, pues. El vínculo entre ambas disciplinas ha sido común a partir de la Modernidad, ya desde Locke, y con Marx, más cerca de nuestros días. Desde la segunda mitad del siglo pasado la significativa asociación entre economía y filosofía ha sido explotada con resultados notables en el ámbito de la Rational Choice Theory. Pero quizás hoy, más que nunca, ese nexo se nos hace presentísimo. Estrella Trincado y Pedro Francés aportan dos trabajos que funden con eficacia pensamiento filosófico y ciencias económicas.

La crisis económica y las revueltas populares, latentes siempre en el subsuelo, asoman ahora; pero desde principios del siglo pasado el deporte es quizás el fenómeno humano más ubicuo, y su uso como continuación de la política por otros medios (valga la variación de la conocida fórmula de Clausewitz) es habitual. Ya los clásicos le daban esa utilidad. Pero en el mundo contemporáneo, desde Coubertin y los Juegos, se pensó en el deporte como marco de paz y lazos entre comunidades políticas. El giro radical de Berlín 36, sin embargo, apunta más a la idea original del pensador y estratega prusiano. Pero la firmeza de Jesse Owens y Lutz Long, negro y ario respectivamente, elementos a su pesar de una divergencia radical que no aceptaban, impartieron con su amistad hasta la muerte una de las lecciones políticas más notables del siglo XX: y que atañe directamente a la relación fundamental, ya mencionada, entre representantes y representados. Igualmente, por su relevancia política, en pleno black power, no puede olvidarse la imagen de Tommie Smith y John Carlos en el pódium, puños enguantados en cuero negro al cielo de México 68.

Hoy esas relaciones entre política y deporte son casi omnipresentes, y bien heterogéneas en su aparición; no obstante, se trabaja con ellas menos a menudo de lo que su fecundidad como materia de reflexión

filosófica parece prometer. Presentamos un trabajo de José Luis Pérez Triviño, que indaga en ese aspecto tan rico de la política contemporánea.

Además de las cuestiones ya apuntadas, todas de vivísima presencia, nos queda un problema clásico que sigue coleteando: el asunto de la tolerancia religiosa, del respeto entre credos y los problemas que las distintas fes presentan a la convivencia. Felmon Davis aporta con su trabajo ideas interesantes al respecto.

La línea ideológica que se le pide a cualquier publicación política la asumimos, precisamente, como el reverso de lo que durante el siglo pasado se ha entendido por tal cosa. No buscamos una línea ideológica que se afirme sobre una batería de creencias fundantes, inmune a la criba de un pensar que se cree lúcido. Buscamos a quienes se toman el trabajo de pensar y se comprometen con lo que piensan; a quienes pretenden hacer del pensamiento político, si cabe, lo que un celoso físico rebelde (válganos la imagen), en época de crisis, pudiera forjar en su laboratorio para posteriormente darlo a la luz y que se juzgue públicamente su pertinencia, que crean en lo que hacen y que a su firmeza le quepa un viraje que, dados los asuntos humanos, no puede entenderse más que como natural.

Si el siglo XX llevó la exacerbación del compromiso incondicional como categoría política irrenunciable hasta las mismas lindes de la servidumbre más abyecta y ridícula, hoy parece necesario liberarse de esa fidelidad grupal pre-requerida.

El fervor con que, vía tal taimado recurso, se luchó por un ajeno arbitrio tornado, tras abyecta muda, en deseo propio, ya bastardo, parece languidecer hoy: entre otras razones por su manifiesta ineficacia. No parece servir ya la política como una nada inofensiva competición de intereses veladamente ajenos, que con procedimientos de corte hooliganesco se libra, sin embargo, dentro de un campo de batalla sin lindes, en absoluto incruento y sí en el que el asalto a la yugular contraria queda lejos de ser una bella imagen. Parece languidecer también, también por su ineficacia, la concepción de la representatividad política como sólo ejercida sobre la base de doctrinas y partidos políticos entendidos como

agrupaciones rocosas donde el que se mueve no sale en la foto (sabemos hoy, por cierto, de la terrible literalidad de lo que aquí se dice como metáfora). Pero en tiempos de crisis, el animal que se ha hecho animal político tiende a inventar ídolos comunes (hoy afortunadamente caídos casi todos) poco animales y muy transmundanos, que en su despegue terrenal habitúan a traernos más calamidad que prometido amparo.

Obviamente soltarse no es tarea fácil para el animal desamparado que en definitiva somos, y que, ante la magnitud de lo que se le viene encima, busca con la pertenencia a un grupo guarecerse de las amenazas, una salvación que neutralice al miedo constitutivo; pero ¿qué animal más desamparado y expuesto al terror que una mujer judía en la Alemania de los años 30 y 40 del pasado siglo? El terrible y ejemplar modelo de Hannah Arendt, que fue capaz de pensar con ejemplar lucidez y libertad en semejante ambiente, nos ilustra.

Nos ocupa, pues, comprometernos finalmente contra el compromiso siervo y buscar, con cautela si se quiere, la autonomía en el pensar y actuar los asuntos públicos de una forma respetuosa con ellos y con nosotros a un tiempo. Desde luego, la tarea no es fácil, pero ahí la gracia del propósito: no instalarnos en la incivilizada comodidad de lo políticamente correcto, tan servil.

Así, el compromiso político por el que se aboga desde aquí es compromiso con la política. El tomarse en serio el más complejo de los artificios humanos porque ha de vérselas con lo más complejo de los factores humanos: la heterogeneidad del deseo, la desmesurada pero impotente potencia, el disimétrico anhelo, el radical necesitarse y estorbarse. Un tomarse en serio los asuntos humanos que sea capaz de fintar con grácil agilidad la miseria de los grupúsculos doctrinales instituidos, que más empobrecen que valen, más dan en servidumbre que sirven: siquiera sea por lo que nos afecta, irremediablemente, pues en la política se enmarca nuestra vida.

Nos inspira también, en lo que a esto se refiere, la tradición libertina que con el libertinage érudit del XVII contribuyó a fraguar cambios radicales en el pensar y hacer político que aún hoy tienen vigencia

afortunada. Sigue gustándonos su argucia política favorita, el panfleto, entendido en el sentido noble que aún conserva en el inglés del que proviene, y que aquí se perdió podrido con el uso. Sea esto, pues, si cabe, una noble concurrencia de panfletos muy prestos a ser difundidos. La bendita potencia que para la comunicación, el consenso y el disenso entre humanos nos regala la tecnología presente (a efectos políticos, su condición de interactiva la hace singularmente interesante), no necesitamos reivindicarla aquí: directamente hacemos uso de ella. Como resulta obvio, no vamos a resolver el problema de la marginalidad de quien piensa la política sin pertenecer, ni tácita ni explícitamente, a grupúsculo de poder ejecutivo ninguno: pero sí es nuestro propósito contribuir a ello, como sin duda lo hicieron quienes nos inspiran.

No se trata, pues, de amarilleos, sino de liberarnos de una vez del yugo necio del compromiso incondicional y de pensar cómo, desde donde y lo que nos venga en gana.

Los ricos y extraordinarios avances que el siglo XX nos legó en el campo de la epistemología (acaso algunos de los debates intelectuales más vivos de los 60 en adelante se libraron en ese ámbito) nos enseñaron a desconfiar del pensar virginal: y vemos ahora esa pureza, no ya como una ingenuidad humanística, sino como poco menos que flagrante contradictio in terminis. Aunque física y política son cuestiones que presentan tremendas disonancias (paridades gnoseológicas al margen), que se piensa lo complejo necesariamente desde asunciones teóricas, nos es obvio hoy; como debiera sérnoslo la fatal (por lo esclavizante) confusión entre la devota entrega ideológica y grupuscular y el compromiso libre con los asuntos públicos. Y debiera sérnoslo precisamente por la incapacidad de aquélla para cribar, cegada por el fervor y el fragor de sus dulces pesadillas. Si el XX arrancó con la crítica como motivo guía, acabó entorilado; quizás el XXI consiga desasirse de esa cadena que embrutece la política con los colores y el escudo.

El proyecto que presentamos ahora y aquí se quiere longevo. El carácter de desechable y fugaz que exhibe hoy casi todo tiene atractivo indudable (por qué, si no, se impone), pero en situaciones críticas como las

que se ciernen parece inteligente re acudir a un recurso que quizás en un mundo ya más histérico que frenético vuelve a hacerse imprescindible para esquivar lo indeseado (el desastre que parece apuntar) del mejor modo posible: como venimos diciendo, un pensamiento sosegado pero ágil, sostenido y flexible y comprometido con la acción (pública, en el caso que nos ocupa), que pueda aconsejar, por su pericia, el curso de lo político: en un flujo entre teoría y praxis semejante aunque distinto al que quisieron quienes inventaron la filosofía política. Como hemos sugerido, nos sigue pareciendo una técnica válida. Y eso requiere un tiempo tendido. Y una localización en la que mirar. Ahí nos queremos.

Esta publicación nace también con la idea de activar algo el algo anquilosado proceder académico y editorial en nuestra disciplina y nuestro ámbito geográfico, y que quiere singularizarse, no por sus piruetas circenses, sino por su rango temático, su tono, su calidad y el cuidado general de todos los aspectos que la hacen. Calidad, singularidad y, a partir de ellas, difusión: con el objetivo de ganar la relevancia que se busca y que el trabajo tenga sentido y sirva para algo más que como plataforma de dudosos méritos.

En el abordaje de este proyecto naciente nos anima una modesta ambición: la modestísima ambición, medida, si se quiere, de hacer las cosas razonablemente bien, la más controvertida y ambiciosa de las ambiciones, y de cuidar el resultado por respeto a quienes se dirige.

Huelga apuntar, a este respecto, que el presente número 0, en tanto punto de partida experimental, nos ha servido y servirá para afinar la calidad del producto futuro. Seguiremos trabajando en ello concienzudamente para que la cosa progrese adecuadamente.

Con Hobbes, tenemos a la gratitud por ley de la naturaleza. En semejante empresa, además de los que trabajamos directamente en ella, mucha gente ha prestado su valiosa cooperación. Así, hacemos aquí presente nuestro público agradecimiento a quienes confiaron en el proyecto y colaboraron con él antes de que tomara cuerpo. A los autores invitados, que con amabilidad envidiable nos han permitido publicar sus trabajos, a los miembros de los distintos comités, que han accedido a



apoyarnos y a colaboradores varios, a Routledge (Taylor & Francis Group), La Tinta China y al Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid.